

Mendoza y Garay

Prólogo del Arq. Juan Manuel Borthagaray



Paul Groussac

nobuko

MENDOZA Y GARAY

MENDOZA Y GARAY

PAUL GROUSSAC

PRÓLOGO DE JUAN MANUEL BORTHAGARAY

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
Buenos Aires

nobuko

Groussac, Paul

Mendoza y Garay / Paul Groussac; con prólogo de Juan Manuel Borthagaray. - 1a ed. - Buenos Aires: Nobuko, 2010.

434 p.; 21x15 cm.

ISBN 978-987-584-271-7

1. Investigación Histórica. I. Borthagaray, Juan Manuel, prolog. II. Título
CDD 907.2

Diseño de tapa:
Liliana Foguelman

Diseño General:
solrajch@gmail.com

Corrección:
Cristina Álvarez

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los autores, viola derechos reservados; cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

© 2010 nobuko

ISBN-13: 978-987-584-271-7

Mayo de 2010

Este libro fue impreso bajo demanda, mediante tecnología digital Xerox en **bibliográfika** de Voros S.A. Bucarelli 1160. Capital. Info@bibliografika.com www.bibliografika.com

Venta en:

LIBRERIA TECNICA CP67

Florida 683 - Local 18
C1005AAM Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4314-6303 - Fax: 4314-7135
E-mail: cp67@cp67.com - www.cp67.com

FADU - Ciudad Universitaria
Pabellón 3 - Planta Baja
C1428EHA Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4786-7244

PRÓLOGO

POR JUAN MANUEL BORTHAGARAY(*)

Dijo una vez Borges que a él se le hacía cuento que una vez empezó Buenos Aires. Pero al lado de Borges, acá vivimos muchos que no nos cansamos de oír el cuento de cómo empezó Buenos Aires. Para todos los que sentimos así, el libro, o los dos libros (según la edición de que se trate) sobre Mendoza y Garay, de Paul Groussac es un regalo pantagruélico. Por estar agotadas sus ediciones, este regalo es de difícil disfrute. Ello me llevó a promover una reedición. Luego de algunas tentativas infructuosas, encontré en Guillermo Kliczkowski y la agresiva política editorial de su dirigida Nobuko, una respuesta favorable. También me tomó, generosamente, la palabra cuando me ofrecí a prologar la reedición. Estoy seguro de que es obra de interés universal, pero lo será mas aún en el universo iberoamericano, habida cuenta de que las tres ciudades mundiales que produjo este vasto espacio están en América y que dos están en el subcontinente sudamericano. Lo que hace a los orígenes de una de ellas no es, pues, materia banal para muchos, desde Madrid y Lisboa a México y Lima.

Tengo a la vista la edición de 1916, identificada como la segunda, en un tomo, publicada en Buenos Aires por Jesús Menéndez, y está dedicada a Buenos Aires, como ofrenda conmemorativa, en el quincuagésimo aniversario de la llegada al país de su autor. Merece una primera observación el hecho de cuán identificado se siente Groussac con su país de adopción, patente a través de varias referencias a lo largo del texto.

Nos dice que son dos estudios históricos independientes que se reimprimen en

() J.M. BORTHAGARAY es arquitecto, profesor Emérito y Director del Instituto Superior de Urbanismo, Territorio y el Ambiente en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, de la cual fue decano durante dos períodos.*

un volumen, materializando la unidad del tema, que es la fundación de Buenos Aires 1536-1580. La edición lleva, a mayor abundamiento, el subtítulo *Las dos fundaciones de Buenos Aires*. Mucho se ha hablado acerca de que, en rigor, fundación, lo que se llama propiamente fundación, hubo sólo una, pues la capitulación del adelantazgo de Mendoza no lo habilitaba para fundar ciudades. Pero esta verdad de origen ha quedado desmentida por el uso y costumbre de la tradición oral y por la historia, pues la Ciudad ha celebrado el cuarto centenario de su fundación, (la de Mendoza) en 1936, ocasión en que le dedicó su icono máximo, el Obelisco, imagen obligada de todo afiche turístico o tarjeta postal, hasta el punto de haberse convertido en el ideograma que significa: *Buenos Aires*. Queda así reivindicada, en algo, al menos, la melancólica figura de Mendoza, y su desastrada gesta; adelante, pues, con las dos fundaciones de Buenos Aires.

Tanto el estudio sobre Mendoza como aquél acerca de Garay, se abren cada uno con un preámbulo, y el volumen que reúne a ambas, con un prefacio, largo de 31 páginas, en el que el autor nos presenta sus credenciales de historiador. Hace gala de su versación sobre los historiadores que lo han precedido, a la vez que, sintiéndose un practicante avezado, se despacha a gusto acerca de los metodólogos en mayor boga en ese momento. Nos cuenta que *“La sección del Archivo de Indias relativa al Río de la Plata ha sido copiada por personal de la Biblioteca, que trabajó seis años en Sevilla, obra aquí en 90 cajas especiales, y representa el material de 180 volúmenes impresos en material de marca ordinaria”*. Este tesoro documental le ha servido para publicar en los *Anales* de la Biblioteca, muchas investigaciones parciales, que cita de manera abundante en el libro, y que le han servido, sin duda, de base para este estudio mayor.

No nos cuesta mucho imaginárnoslo trabajando en su despacho de Director de la Biblioteca Nacional, atrincherado detrás de esta masa documental de actas, pleitos, relaciones y probanzas, con empeño detectivesco, cruzando registros a menudo contradictorios, especialmente en lo que hace a cronologías y coordenadas, que nuestro autor se jacta de desentrañar cotejando críticamente fuentes y verosimilitudes.

MENDOZA

Resulta clara la simpatía que profesa hacia Garay, de la cual es conciente cuando nos confía, en las páginas finales del estudio sobre éste *que “llegado al término de este largo ensayo... procuré destacar de su desteñido fondo, la sencilla y enérgica silueta del fundador platense, gastando en el imperfecto bosquejo -así espero lo reconocerá el lector- toda la diligente simpatía compatible con mis escrúpulos de exactitud...”*. Hay que reconocer también que, pese a sus reservas simétricas con respecto al personaje Mendoza, sus escrúpulos de exactitud (nobleza de buen historiador obliga) lo llevan a menudo a escribir en contra de ésta su tendencia natural. Comienza con la relación de los antecedentes del viaje de Mendoza.

Recrea aquel momento tan particular en el que, a partir de los choques con tierra casi simultáneos de Colón y Cabral, sus armadores regios de Sevilla y Lisboa recuerdan que el propósito original de esos viajes fue el de llegar a las especias por la ruta de occidente, y se lanzan a una encarnizada competencia para hallar el paso al otro lado, al océano avistado por Balboa. En la exploración de todas las entradas de agua al continente, el Río de la Plata pareció presentar una candidatura muy promisoría para franquear el ansiado paso.

Con toda lógica, nos presenta los viajes de Solís, el de Magallanes-Elcano y el de Caboto. Acerca del primero, nos intriga con la cita de indicios de un viaje previo al de 1515, tal vez en el 12 ó en el 13, por cuenta de Portugal. Especula con detenimiento con las evidencias que abonan su existencia, para no pronunciarse, ni en confirmarlo ni en desecharlo, para al final dejarnos con la intriga. Exploradas las costas desde el Polo Norte para abajo, hay que esperar a Magallanes para que éste pase en 1520 y ¡cómo! al otro lado, aunque no vaya este paso a ser un progreso, pues su navegación requiere la misma temeridad casi suicida que la del Cabo de Hornos. No valió para el paso del sur del continente americano lo mismo que para el de África, donde Don Enrique de Portugal produjo aquel *breakthrough* tecnológico para la navegación, al cambiar el aterrador nombre de Cabo de las Tormentas, por el más amable de Cabo de Buena Esperanza, abriendo así la ruta a las Indias por oriente.

Sigue una rica relación del portentoso viaje de Caboto, con su penetración al corazón del continente y el establecimiento del primer poblado sobre el Paraná, y el encontronazo con los gallegos de Diego García, protagonista de uno de los famosos e interminables pleitos, a los que nos permite asomarnos con coloridas citas textuales. Subrayo, de paso, el hecho extraordinario registrado, de que 2 de los 18 extenuados compañeros de Elcano, retornados a Sanlúcar en 1522, sobrevivientes de los 250 que habían zarpado hacía más de 3 años del mismo puerto, todavía fueron por más y embarcaron con Caboto en 1526.

Llega el turno de hacer una entrada más fuerte al Plata, para explorar a fondo su candidatura. Y con esto, el turno de Mendoza, que venía cargoseando al Emperador con su pretendido adelantazgo, hasta que éste, cansado de que aquéllos a los que había comisionado antes con el mismo propósito, los Adelantados de Canarias, Fernández de Lugo, padre e hijo, dejaran pasar los años, faltos de recursos o de ánimos (o tal vez de los dos) sin zarpar de su cómodo puesto insular.

A Don Pedro, que por otra parte se ofrecía a montar la expedición a su costa, le concedió una capitulación mucho más extraordinaria que la del canario y que las anteriores, *“ante su insistencia”* (que subraya en la capitulación, tal vez para aliviar su conciencia en lo que parecía permitir a su valido partir a una muerte segura). Tal vez a Don Carlos no le costara mucho su largueza, dado que la gobernación tan extraordinaria que otorgaba a Mendoza dependía de una condición tanto o más extraordinaria aún, cual era... ¡navegar por el Río de la Plata hasta desembocar en el Mar del Sur, como se mencionaba entonces al Océano Pacífico!

“¿Qué llevó a Don Pedro de Mendoza, gentilhombre de Corte, con el empeño que dicen sus capitulaciones, a la inexplicable aventura de la conquista del Plata? No sería para hacer fortuna, que la tenía considerable, ni gloria, que le sobraba al capitán de Roma; ni por el halago del poder en un lejano campamento, a quien era cortesano y amigo del Emperador. Menos buscaría lustre a un oscuro linaje el nieto del marqués de Santillana y primo del arzobispo de Toledo. Tampoco era la serenidad de la próxima cuarentena, la edad de correr aventuras que se emprenden en la primera juventud o en la cincuentena otoñal del Quijote. Lo lógico hubiera sido encerrarse en su propiedad de Valdemanzanos junto a Guadix, a

esperar tranquilamente la muerte entre novenas y limosnas; o emprendido en literatura una peregrinación a Santiago para rogar al apóstol un milagro salvador. Pero nunca hacer lo que hizo: insistir ante el Emperador en una capitulación que no tenía fuerzas ni vida para cumplir. Pero justamente su enfermedad mortal nos explica porqué quiso ir a Indias 'con insistencia'. Lo hizo alucinado de encontrar en el Nuevo Mundo el sólo remedio de su mal incurable."(*)

Aunque Rosa publicó medio siglo después de la segunda edición de Groussac, este enigma *mendociano* existió desde siempre. Don Pablo aclara que no era para tanto, y aquí aparecen algunas de sus reservas hacia Mendoza. En cuanto a su linaje ¡había tantos Mendoza!, reduce tanto su parentesco con los marqueses de Santillana, como con los Duques del Infantado y el Cardenal, que pareciera insinuar que eran meros homónimos. Se ocupa en tanto, con cierto detenimiento, de la intriga que siente (Groussac) acerca de un Hurtado de Mendoza que, siendo portugués, era embajador de España ante la corte de Lisboa. En cuanto a su valimiento con el Emperador, nos dice que las opciones eran *Iglesia, mar o casa real* para los hidalgos sin fortuna, categoría en que ubica a la prole de Don Fernando de Mendoza y Constanza Luxan: cuatro, dos varones y dos mujeres, de los cuales la mayor era Catalina, la seguía Don Diego luego "almirante" de la expedición, que fue al *mar*, Doña María y el menor Don Pedro, que entró como criado agregado a la *casa real*, pero también nos dice que entró favorecido por el mayordomo de palacio, su pariente, luego fue paje, luego gentilhombre de cámara, condición en que devenían los pajes pasados de edad, a los que sin embargo se permitía permanecer en la casa. Es decir, el autor nos da la prueba de que valimiento había. En cuanto a linaje, le concede finalmente relación con el noble tronco vizcaíno, lo que no le es poco conceder, habida cuenta de la vascofilia aguda que exhibirá en la biografía de Garay. La gloria militar como capitán de Roma, nada de eso, este rol lo tuvo el Condestable de Borbón, que al forzar la muralla pagó con su vida, pues fue ultimado por Benvenuto Cellini. Bastante atrás entró Don Pedro, que nos sugiere cumpliera un rol más burocrático que marcial y, una vez adentro, a lo sumo capitanejo de una banda de forajidos de entre los que se entregaron al

(*) Como no hubiera podido redactar mejor esta sucinta relación del enigma de Mendoza, me permito citar a JOSÉ MARÍA ROSA *Historia Argentina* J. M. Granda, Buenos Aires, 1967, Tomo I, pág. 128 y sig.

desaforado saqueo de templos y palacios, sin por eso sacar una fortuna que lo convirtiese en potentado, pero con una discreta bolsa (de 8 ó 10 mil ducados) que Groussac no sólo calcula hasta el último maravedí, sino que lleva a pesetas del año en que escribe, bonita suma que le permitió pagar la expedición y comprar a sus hermanos la parte de ellos en la heredad de Valdemanzanos. Aquí aparece otro cuestionamiento al carácter de nuestro héroe: *“...el enriquecido Don Pedro no descuidó de reclamar mezquinamente a sus hermanos la mejora que le mandara su padre, y en ese tiempo cambió el hábito de Alcántara por el de Santiago”*.

Por último el autor hasta cuestiona el tamaño atribuido a la expedición pero, a fuer de informador objetivo, las evidencias que examina lo llevan a confirmar el número de naves en algo más de diez (once) y el de hombres en alrededor de 1.000. Como se ve, al fin de cuentas, pariente de los Mendoza más encumbrados era, allegado desde niño, aunque servilmente (no podía ser de otro modo) al Emperador, su contemporáneo, como ambos tenían la misma edad, la edad del siglo, no es de descartar que compartieran juegos infantiles, participante en la conquista de Roma, aunque se deja entrever que su banda pudo no haber desdeñado hasta el secuestro extorsivo, dueño de una fortuna no de magnate, pero sí suficiente para armar una flota de once naves y convocar 1.000 hombres, con los que está pronto para zarpar del Guadalquivir, en suma, más o menos lo que había querido llevar a su justa medida tras su investigación. Vale decir, después de examinar todo, una revolución de 360° y vuelta al punto de partida.

Lo que más he disfrutado es, no solamente lo ameno de la prosa, sino lo vívido de las pinturas de contexto que nos brinda, tanto en Sevilla para Don Pedro como en Lima para Don Juan, vivencia que se desprende de los textos de las actas, pleitos y probanzas que nos transcribe. En verdad, nos pone allí, y entonces. Ya a bordo de la flota presta para partir, antes nos ha ilustrado claramente acerca del clima previo en la península, en la que la llegada de los tesoros de los Pizarro, sumada a los relatos más fantásticos de los que ya habían estado en el estuario, hacían que no se dudara de que iban derecho a saquear las enormes riquezas del Rey Blanco. Más que esforzarse para reclutar expedicionarios, el esfuerzo debió ponerse en atajar el excesivo flujo de gente principal que se agolpaba para subir a bordo, temerosa de llegar tarde al fabuloso reparto.

La misma atmósfera los acompañó durante la escala en las islas, donde Don Pedro no tuvo dificultad en transar con el Adelantado de Canarias, también Adelantado del Río de la Plata, antes bien, éste, viendo partir con envidia una flota como la que él mismo hubiese querido armar, pero no había podido hacerlo, agregó, para tener alguna participación aunque fuese, tres carabelas.

El próximo episodio relatado es el de la división de la flota, cuando el Adelantado, con cuatro naves, y el pretexto de reforzar bastimentos, los mismos que iban a faltar, trágicamente semanas después, va a tomar tierra a la bahía del Janeiro, mientras que su hermano, el Almirante, Don Diego, sigue viaje al fabuloso Río de la Plata, para ir preparando el desembarco. En realidad, Don Pedro, tal vez presa de la paranoia de la que la incapacidad de su terrible mal le hacía víctima, iba al Janeiro, haciendo caso a su alguacil mayor y confidente, Don Juan de Ayolas, que, arteramente o no, le había convencido de que su maestre de campo, Juan de Osorio, conspiraba contra él y quería suprimirle para hacerse con el mando. Bajan y arman la tienda de Mendoza en las idílicas playas, y asesinan, que no ejecutan al mocetón Osorio, al que niegan, extremo de crueldad para la época, tanto confesión como cristiana sepultura. Sigue veloz el almirante rumbo al Plata, mientras que el Adelantado todavía se demora para instruir un inícuo proceso a Osorio.... ¡necesariamente *in absentia* del reo, puesto que éste había sido previamente ejecutado! esta iniquidad da origen a otro de los interminables pleitos, que es el que inicia el padre de Osorio, para reivindicar su memoria.

A pesar de su manifiesto positivismo, Groussac recoge la leyenda que dice que esta infamia selló la mala fortuna de la expedición. No nos deja duda acerca de que, si así fue, a su juicio lo tenían merecido. Finalmente parten y doblan el Cabo Santa María, en la Punta del Este de Maldonado, como lo habían hecho antes Solís, Magallanes y Caboto, esto en cuanto a los viajes registrados por España, que parece que hubo otros, portugueses, no registrados.

Se toma particular esfuerzo para precisar la fecha de la llegada, esfuerzo que no desperdiciará, pues le sirve para refutar (¡una refutación de tantas!) la cronología de Don Eduardo Madero.*)

(*) EDUARDO MADERO *Historia del Puerto de Buenos Aires*, 1892.

Al que se refiere, por primera vez en el libro, en el capítulo “Los Precursores”, en los siguientes términos: *“Por lo demás, el lector desafecto a la simple realidad tiene a su alcance el itinerario hipotético de Herrera, amenizado con la ristra de añadidos conjeturales en que tanto se complacía el meritorio historiador del Puerto de Buenos Aires.”* Por cierto, con ser sarcástica, como veremos después, es una de las maneras más amables que emplea Groussac para referirse al meritorio historiador. Digresiones aparte, henos con el Adelantado reunido con su hermano el Almirante, en el tan ansiado destino del Plata, para ser más precisos, en la isla San Gabriel, frente al actual puerto de Colonia (R.O. del U.). Conferencian allí, donde prevalece el criterio de los capitanes de mar en cuanto a privilegiar la conveniencia del fondeadero para las fatigadas naves que ofrece el recodo de un modesto riacho sobre la margen derecha del estuario. Llega por fin el Adelantado a Buenos Aires, donde la anécdota de Sancho del Campo, acerca de los Buenos Aires que aquí se respiran, da lugar a otra befa a costas de Madero. Mejor dicho, llega el Adelantado al castillo de popa de *la Magdalena* fondeado en el Riachuelo de los Navíos, aposento náutico que no habrá de dejar casi nunca durante su estadía en el Plata. Siempre embarcado, desde este castillo de popa, ya alejado de la realidad, y entrando, aparentemente, en la segunda etapa de su terrible enfermedad terminal, el Adelantado comienza a emitir órdenes que configurarán la cumbre de la insensatez. Ordena a los naturales que provean a los expedicionarios de las necesarias vituallas que no han previsto traer. Como en 14 días han faltado uno en aportar lo que, por añadidura, llaman las “miserias” de los indígenas, y como si existiera una obligación jurídica establecida, manda el “juez” Juan Pavón, con otros 2 españoles, a manera de ujieres, a tomar cuenta del supuesto delito, con orden de proceder, si necesidad hubiere, a multas y confiscaciones. La sorpresa de los naturales resulta en un regreso de “juez” y ujieres muy machucados, a lo que Mendoza da una respuesta policial, consistente en una partida comandada por su mayor baquiano y lenguaraz de indios, Gonzalo de Acosta, con 18 agentes. Los indios se retiran a unos pajonales, de los que salen batiendo a los supuestos guardianes del orden, dejando a varios malheridos. Frente a esta preocupante situación de avituallamiento, aunque el Adelantado no la sufre (se recoge el testimonio de que a él no le faltan; diariamente una docena y media de lo más parecido a codornices que ofrecen las tierras, que yanta, junto a sus allegados “*carpa chica*”, diríamos hoy) convenientemente guisadas, en su aposento de la nao.

Frente a la crisis, decíamos, el Adelantado toma un conjunto de decisiones insensatas, en la que produce una verdadera ensalada de comandos. Manda a su jefe de policía (alguacil mayor) Ayolas, a explorar tierra adentro del Plata, en rigor, Paraná arriba. A un sobrino, Gonzalo de Mendoza, del que no se ha mencionado experiencia náutica previa ninguna lo envía, al mando de una flotilla a navegar mar afuera, a buscar bastimentos a Santa Catalina y, sorprendentemente, es al que mejor le va. Y, peor que peor (pues ha perdido su comandante militar con el asesinato del maestre de campo, Juan Osorio) a su hermano el Almirante lo sube a caballo, en el tercer paso de la escalada de escarmientos, primero judicial, luego policial, ahora militar. El Almirante devenido jinete cabalga al frente de 30 caballeros y muchos infantes. Para su desagradable sorpresa, se encuentra con algo con lo que no contaba: los indígenas no habían leído los mismos libros que sus hermanos aztecas o incaicos, por tanto no se aterrorizaron *a priori* de los arcabuces, aquellas varitas que escupían fuego ni de los portentosos centauros, por el contrario, dieron por tierra, con sus boleadoras, a los caballos, empezando por el del Almirante al que, una vez en el suelo, ultimaron a lanzazos, otro tanto ocurrió con los restantes caballeros, y a los arcabuceros y ballesteros los contuvieron con sus arcos y flechas. En suma, les infligieron una bochornosa derrota *militar* el día 15 de junio de 1536, en la fecha de *Corpus Christi*, nombre por el que se conoció desde entonces la refriega. Si no estaban preparados para poblar, como lo demuestra la hambruna que sufrieron, ni militarmente, ¿para qué estaban preparados? No cabe duda de que para saquear un imperio, y hasta para secuestrar un príncipe de la tierra y, como habían hecho sus antecesores con el Inca, cobrar un rescate sin devolver al secuestrado, en suma, para otro saqueo de Roma. Este hecho de armas que, al decir de Groussac fue exagerado hasta adornarlo con proporciones homéricas, le da ocasión para tomárselas con sus dos *betes noires*, por un lado Madero, aunque fuerza es reconocer que éste le regala un magnífico flanco vulnerable, en cuanto al sitio del encontronazo, al confundir el Riachuelo, donde se lo ubica, con el de los Navíos, cuando en realidad se trataba del de las Conchas, que desde entonces, por causas poco explicables, tomó el nombre de Luján, por el que aún se lo conoce, siendo que Pedro Luján, fue una de las menos notorias bajas fatales de la refriega. Ciertamente es que Madero se pasa de avisado al ubicar el encuentro sobre nuestro Riachuelo, en el Pago de la Matanza y, para más datos, se compromete, al decir de *Groussac* “*con precisión afligente, al fijar, como*

lugar muy presumible del combate, la laguna muy próxima a la estancia de Remedios, en el partido de Lomas de Zamora.”

Aquí resulta necesario señalar que la otra víctima propiciatoria de las precisiones de Groussac, además de Madero, es el alemán Ulrico Schmidel, soldado bávaro que, junto con otros 60, ni castellanos ni andaluces, pero también súbditos del Emperador, zarparon de Sevilla en una urca flamenca, o patache, a veces citado en el texto como patax.

Schmidel es un “*landsknecht*” vocablo que denomina a una categoría de soldados alemanes que combatieron en Flandes, del lado de Carlos V, junto con sus tropas españolas. Schmidel publicó muchos años más tarde, y ya en Europa, un relato de su viaje al Plata junto con Mendoza.(*).

Que Groussac cita en la traducción de Lafone Quevedo. Esta publicación es interesantísima, aunque pintoresca en muchos aspectos, no siendo el menor de ellos su iconografía, porque el autor no dibujó, sino que relató a un ilustrador, mucho después, lo que recordaba, y éste lo registró en versión libre. Entre éstas, cabe destacar una vista del *real*, en la que sobresale una construcción de varios pisos, más propia de un puerto hanseático, como aquél donde estaría escribiendo, que del rancharío platense. Hay además un asedio por los indios, no a guisa de hordas, sino en filas formadas en cuadro prusiano, etc. A pesar de todos los pesares, es un testigo presencial, y por ello Groussac le profesa, en partes, el debido respeto, aunque fuerza es reconocer que el bávaro presenta algunos flancos débiles. Uno de ellos es cuando alega haber ido al encuentro de los naturales, en una salida, y encontrar un campamento de 2 mil indios (ni uno menos ni uno más) campamento del que han huido *todos*, hecho que no le impide, con germana exactitud, censar su número exacto, ni reparar en detalles tales como las piezas de algodón, con las cuales se cubren las vergüenzas femeninas, ni atribuir la condición de nómades a estos supuestos *carandíes*, a pesar de que las cabañas, pieles y enseres de los que toma nota, hablarían a las claras de un establecimiento permanente. También fija el buen soldado alemán en 23.000 los indios que asedian la

(*) ULRICO SCHMIDEL *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*.

precaria fortaleza. Schmidel es un *landsknecht*, vale decir un soldado alemán de los que llevó Carlos V a Flandes. Groussac castellaniza, correctamente, la palabra a lansquenete, con lo que le quita la formidable armadura del exotismo del vocablo alemán y lo deja desnudo, detrás de una palabra de sonido más bien ridículo, expuesto, por consiguiente, a las befas que le prodiga en adelante.

El desastre *militar* de Corpus coincide con el avance de la cruel enfermedad de Mendoza: está abatido por la muerte de su hermano el Almirante, dos sobrinos carnales, tantos amigos y la pérdida total de autoridad frente a los indios que no se han comportado con la conducta de fieles y serviles vasallos que esperaba. Desespera, y por consejo de su médico decide volver a España. Dejemos aquí esta pormenorizada relación, e invitamos al lector a leer las peripecias siguientes del regreso de las flotas de Ayolas y del sobrino Fernando, el apresto de la *Magdalena* y la *Sant Antón* para volver a Sevilla, el viaje a la población de Corpus que habían establecido río arriba, cerca del abandonado asentamiento de Caboto, donde sus fieles intentan convencerlo de que no todo estaba perdido. La partida de Ayolas rumbo al corazón de la tierra donde hallará la muerte y la partida definitiva del moribundo, que se leerán con más provecho en la prosa de Groussac que en la mía, y saltemos al momento, ya cercano al final, en el que Mendoza delega su mando de Adelantado, en Buenos Aires, a Ruiz Galán y le ordena que, ni bien haya llegado Ayolas de regreso de su aventurado viaje Paraná arriba, Ruiz: *“sin detenerse poco ni mucho” marche a España tras Mendoza, en el navío que le dejaba con todo adereço “¿la Anunciada? Pero antes hazer que el capitán Salazar lleve toda la gente... adonde estuviere Juan de Ayolas...”*. Registra que es bien sabido que Ruiz Galán no hizo ni lo uno ni lo otro, porque nunca más apareció Ayolas, ni Ruiz quiso despoblar Buenos Aires para ir tras Mendoza. Nuestro autor nos dice que ha relatado en una publicación en los *Anales de la Biblioteca “cómo el despoblamiento de Buenos Aires se llevó a cabo, por otros, 3 años después, y contra la voluntad de los últimos vecinos”*. La llama vital de esta primera etapa de nuestra ciudad habrá durado sólo 5 años, de 1536 hasta 1541. Todavía nos falta un último capítulo, más amargo todavía, de esta penosa saga del Adelantado. En visperas de encontrar sepultura en el mar, a bordo de la *Magdalena*, en su última voluntad, instruyendo a Ayolas... *“insiste en la conveniencia de desamparar Buenos Aires, transportando la gente al Paraguay, y de ahí si le pareciere pasar derecho a*

la otra mar” en el delirio de la última etapa, la de la locura, de su cruel enfermedad, “admite como posible el que Ayolas (el pobre ya había muerto) topando tierra adentro con el mariscal Almagro o Pizarro, encuentre a alguno de ellos en condiciones de pagarle 150.000 ducados por aquella concesión que le había otorgado el Emperador, en las nieblas del Pacífico”.

En su delirio final, vuelve otra vez a Pizarro y Almagro para decir que la negociación podría ser, no sólo por las 200 leguas de Chile sino también “por todo el Río de la Plata” Groussac concluye cruelmente su semblanza de Mendoza diciendo *“Aún atendiendo el menoscabo obrado en sus facultades por la postración física, todo induce a creer que, desde el principio, era inferior a la misión heroica que la casualidad o el favoritismo le había reparado.”* Luego de que el Adelantado hallase su tumba en el mar, la *Magdalena* llegó a San Lúcar en la segunda quincena de agosto de 1537, donde la Casa de Contratación mandó vender la “desbaratada” nao, no habiendo quien diera por ella más de 36.000 maravedís; *¡menos de 100 ducados por el esqueleto de la que fue lujosa capitana de la expedición!* El obelisco de Buenos Aires es lo único que quedó como testimonio de esta precaria fundación. Los historiadores no han podido dilucidar, Groussac tampoco, dónde estuvo aquel real, cuadrado de 100 metros de lado, ni tampoco el Centro de Arqueología Urbana, de la Universidad de Buenos Aires ha podido, en una década de trabajo y con innumerables cateos, hallar el menor rastro del efímero asentamiento.

Empieza entonces, después de una efímera vida de 5 años, la larga noche de Buenos Aires, que habría de durar 39 años, intrigante periodo acerca del cual este libro nos trae un verdadero tesoro de información.

GARAY

Esta vez el contexto que se describe no es europeo, sino el de Lima, alrededor de 1544. Reinan allí las “menos civiles de las guerras” contadas en el capítulo titulado “Las Alteraciones Peruanas”, cruentas hasta el punto de hacer distraer de sus luchas europeas al emperador Carlos V y hallar tiempo para reunir a sus doctores y dictar un complicado código de 39 artículos para regir el comportamiento para sus vasallos de esta remota colonia de Lima.

Si el anterior estudio, sobre Mendoza es un ameno relato lineal que se lee y prologa, casi como una novela, el de Garay se resiste a ser leído y prologado según este modelo. Ésta es la cuarta vez que intento prologarlo. En las otras tentativas, luego de trabajar con fichas para orientarme en entender el relato, he quedado derrotado. Se me presenta la opción de repetir el consejo que Bernard Shaw una vez diera a los lectores acerca de no leer nunca los prólogos y entrar en materia con el texto directamente. Confieso que estoy tentado de seguir el consejo del genial irlandés. La otra opción es intentar por cuarta vez. La tomo, aunque temo que el prologuista se vea en el penoso papel del comentarista deportivo previo que hace exclamar “a ver cuándo se calla de una vez este cargoso y empieza el partido.” Para los que siguen el consejo de Shaw y leen el prólogo al final corro el riesgo del comentarista *a posteriori*. El espectador tiene otra visión de lo que pasó y se va. Aún corro otro riesgo. Que el lector piense: sí, el prólogo es muy interesante, pero ¿qué hace aquí, al principio del libro de Groussac? Temo estar escribiendo de más y “robar cámara” al hablar de mí mismo. Pero si quiero ser útil para orientar al lector debo intentar una vez más hallar claves para entender un relato tan complejo, y tratar de hacerlo bien, pues tampoco hay nada peor que un cicerone extrañado. ¿Acaso la dificultad resulta de que Groussac es un mal relator?

Nada de eso, surge del contexto en que se mueve Garay. Es complejísimo y arrastra al relator más pintado. En lugar de podar la información para que pueda entrar, con elegancia, dentro del cauce de un relato lineal, Groussac adopta la estrategia inversa, prodiga la información, nos hace sentir que nos ha convidado a su escritorio en la Biblioteca, a compartir su colección de copias fieles del Archivo de Indias. En rigor, opino que nos invita a un relato interactivo, creo de

buena fe que si hubiese dispuesto del recurso del hipertexto, hubiese usado esa forma. Pasan tantas cosas, aparecen tantos personajes, que aconsejo dos modos de lectura. La primera es leer de corrido, se perderá la pincelada fina que, como en ciertas pinturas flamencas, describe, hasta la obsesión, la forma de los objetos. Miremos estos cuadros como se aconseja para los impresionistas, desde cierta distancia, entrecerrando los ojos, para lograr una visión un poco borrosa: aparecerán así imágenes iluminadas por la luz del instante singular que tuvo ante sí el pintor.

O volviendo a la metáfora del hipertexto y sus posibilidades de múltiples lecturas, no hagamos una, sino varias lecturas, en clave de algo, cada vez en función de un interés particular, de algún hilo de Ariadna que nos permita orientarnos en este riquísimo laberinto.

O utilizar el libro para seguir nuestras propias investigaciones, como podríamos haberlo hecho con los archivos de Groussac. Seguir un hilo dentro del complejo tejido. Veamos:

UNA LECTURA EN CLAVE INSTITUCIONAL

Pongámonos en el siglo XVI. Para administrar sus vastos y lejanos dominios coloniales, la corona española ha ido pergeñando una serie de instituciones. En primer término necesita de mandamases locales a través de los cuales el rey gobierne allí. Como no puede estar en todas partes recurre a la institución del adelantazgo, esa privatización, diríamos hoy, de la conquista. Ésta es demasiado conocida como para gastar papel aquí. Otra es la del virrey, también autoexplicativa. Pero la operación de los mandamases se complica. O bien derivan su poder del monarca y se desprenden de sus mandados porque empiezan a actuar arbitrariamente y terminan linchados por éstos (sobran los ejemplos) o bien la derivan de sus mandados, lo que los convierte rápidamente en caudillos que tratan de independizarse del monarca y terminan ajusticiados por éste. (Basta el caso de Gonzalo Pizarro para eximir de citar otros).

Surge entonces la institución que trata de evitar estos extremos: La Real Audiencia. Ésta sí que requiere alguna explicación. Y no es la que surge de inter-

pretarla en clave moderna, como bien nos explica el autor del libro. Así como es prematuro ver en el caudillo al futuro demócrata, también lo es interpretar la Audiencia como una eficaz división de poderes, otra vez se nos cuele la constitución norteamericana, con su metáfora de los contrapesos newtonianos. La Audiencia equivale a una suprema corte de justicia, pero un momento, no tan suprema sino local, porque por encima están las apelaciones a la suprema corte suprema, el Consejo de Indias de Sevilla. Otra figura, pero menor del mandamás, es la del gobernador, cuando el tema no da para virreinato, pero ésta, tanto como la del virrey requiere situaciones estables, con jurisdicciones claramente establecidas. Antes han venido los adelantados, haciendo un primer desbroce y que han contribuido a crear estas situaciones estables, mediante la acumulación histórica de procesos darwinianos de interacción de territorios y personajes.

Complica los esquemas la rebeldía de los gobernados, pues no han venido a Indias sino para medrar: “Dios proveerá y medraremos”. No se quedan quietos, siempre piensan que merecen más y están dispuestos a tomar atajos y saltar barreras. También está el soberano, haciendo operaciones macro en esto de enturbiar aguas.

Veremos cómo la historia de Garay comienza con su venida a América en la cola de la creación del virreinato del Perú. Pero el soberano teme la acumulación de energía que se produce, inevitablemente, en Lima, con la riqueza saqueada de los Incas y la proximidad de la montaña de plata de Potosí. Traslada a Lima a la Audiencia de Panamá, para domesticar al virrey.

Gonzalo Pizarro, como todos los conquistadores, cree que merece más que el marquesado otorgado a su hermano. El autor nos cuenta que fantasea con desposar una princesa inca y fundar una dinastía independiente. Para parar el golpe, el emperador manda al licenciado La Gasca. Y para complicar las cosas para el lector moderno, a este máximo intrigante le da el cargo de Presidente (todavía van a aparecer otros posteriores). Es inevitable que la palabra presidente despierte ecos republicanos (otra vez la constitución de Filadelfia). Pero calma, es sólo un oidor más, pero presidente de la Real Audiencia de Lima. En realidad, interpretado en términos modernos, es un interventor.

La Gasca, confía su misión a la mayor arma que tiene: la legitimidad. Iza el pabellón real y se sienta debajo, en la decisiva jornada de Sacsahuana. Espera, enfrente Pizarro tiene las huestes y los cañones. Poco a poco los capitanes de Pizarro, asustados de su osadía previa, desertan y se vienen a la sombra del pabellón. Pizarro queda solo en su derrota. Pero a partir de ese momento la Audiencia ha dejado de ser un contrapeso, un poder separado. Ya no será más reguladora, sino competidora del poder ejecutivo del virrey. Se reconsolidada en una realidad de hecho con la mudanza al Alto Perú y el próximo presidente. A la disputa de virrey o gobernador con la Audiencia, para ejercer el poder ejecutivo, vendrá a sumarse un tercer actor, el teocrático, representado, en el libro, por el espantoso obispo de la Torre, que le sirve a Groussac para traer a cuento un acendrado anticlericalismo, sin duda nacido y cultivado durante la larga polémica para el laicismo, en Francia. (pero paremos aquí, no es éste el lugar para un tratado institucional).

La complejidad de la situación no podrá comprenderse sin una disquisición acerca del significado, allí y entonces, de la figura del teniente. Nos equivocaremos si lo comprendemos con las pautas de los grados militares de los ejércitos modernos. En ellos, aparece el grado de teniente como el que corresponde al oficial más bisoño, al principio de su carrera. Su función se comprende mejor si la vemos desde el idioma francés *lieutenant* literalmente lugarteniente. Es el oficial que está ahí, en el lugar más comprometido, y representa a toda la cadena de mandos, ausente ésta. Reaparece adjetivando un grado superior, el de coronel, tradicionalmente el jefe de un regimiento. Significa en este caso: vicecoronel, segundo del coronel. La acepción de vice es la corriente en la España moderna, teniente alcalde, etc. Pero vuelve a aparecer adjetivando el grado de general, originalmente el grado máximo. Pues en algunos ejércitos hay más por encima del general, y aparecen el teniente general y el capitán general, que mandan por sobre los generales.

Como Garay termina su carrera con la categoría de teniente general y muchas veces se lo nombra como el general, a secas, esto puede hacer pensar que ha seguido toda la carrera militar y ascendido su escalafón. Para entender bien qué significaba la categoría de Garay basta leer la fórmula que acompaña su nombramiento, que Groussac cita en delicioso castellano antiguo. “*El 2 de febrero de 1568 Cáceres, teniente de Zárate, que ha ido a convalidar su adelantazgo a Sevilla había*

dado su poder y comisión a Juan de Garay para que pudiera llevar a la gente a las provincias del Paraguay e ir por capitán de ellos y mandalles y gobernalles como yo mismo.”

He aquí el verdadero significado del grado de general de Garay con el que lo encontramos en Asunción. No cabe duda el carácter de delegado, y de interino, que se lee tan bien en aquello de teniente gobernador, como distinto de gobernador propietario. Entonces, si tratamos de leer este relato de la vida de Garay en clave institucional, debemos comprender que el esquema institucional, claro de partida, va a complicarse sobremedida por la competencia entre instituciones que debieron ser complementarias y por la continua aparición de tenientes, vale decir, delegados a cargo, y aún de tenientes de segundo o tercer grado, o sea delegados de delegados. Distinto es cuando lo designan gobernador y capitán general. Esta categoría, en la tradición española y hasta hoy, sí que es muy seria y significa el jefe de los jefes.

UNA LECTURA EN CLAVE DE LOS PERSONAJES

He leído el libro también en esta clave, probando dos alternativas diferentes, por lo que me permito algún consejo al lector. Aquí vale lo de la pintura impresionista. En la primera hoja de ruta que seguí, traté de hacerlo con la actitud de quien examina una de esas fascinantes miniaturas holandesas, con una lupa, decidido a no perder detalle de la pincelada fina: salí frustrado por la abundancia de los *dramatis personae*, por la trama de asesinatos y traiciones que los unen, por la repetición de los nombres, con la verdadera inflación de Mendozas, Hurtados de Mendoza, Zárates y Ortices de Zárate. Por aquellos homónimos totales que no son ni parientes, y aquellos linajes imposibles de seguir, pues los hijos no siempre toman el apellido del padre (aunque algunas veces sí, para desconcertarnos) sino el de la madre, y hasta alguna abuela. Las secuencias de funcionarios donde nos pasa lo mismo, pues a veces son sucesores, otras usurpadores, otras interinos y tenientes provisionales. Cuando creemos que hemos entendido algo, nos aparece el marqués de Cañete, ante quien *rañae regum petentes* los querellantes piden que arbitre quién tiene mejor derecho a algo muy valioso, para encontrarnos con que

el virrey, con casi salomónica ecuanimidad, no se lo adjudica a ninguno de los querellantes sino a uno de sus hijos que portan el apellido... ¡Horror de horrores!... Hurtado de Mendoza. Y a punto de terminar se nos aparece un Gonzalo de Mendoza, homónimo, pues creemos que no puede ser aquel sobrino (aunque deberíamos releer atentamente, cotejando fechas) del que no se nos había dado ninguna pista de que tuviese experiencia náutica previa, y al que su tío Don Pedro pone al comando de una flotilla y envía a navegar mar afuera, en busca de bastimentos a Santa Catalina, mientras que a su hermano Diego, el Almirante, en la más estrafalaria de las suplencias, manda calzar botas y lo sube a un caballo para encabezar la expedición militar punitoria que lo llevará a la muerte. No, no es este el camino. Aconsejo otro, el bueno no para ver aquellas preciosas miniaturas, sino para gozar de los paisajes de los impresionistas. Tomemos, pues, cierta distancia, entrecerremos los ojos en busca de una visión que busquemos sea algo borrosa, y entonces gozaremos de excelentes cuadros impresionistas de aquella Lima con sus calles y portales poblados de osados aventureros, mano de obra desocupada a la espera de la oportunidad soñada que los hará medrar, del ambiente en la recién fundada Santa Cruz de la Sierra, en la legendaria Villa Rica de Potosí, en Asunción o en las arduas marchas entre una y otra, el cuadro recargado de tintas tenebrosas de los retorcidos ardides de los que se valió el pérfido obispo de la Torre para prender al gobernador Cáceres en plena iglesia y tantos otros cuadros que el lector descubrirá por su cuenta, enhebrados en sabrosos documentos de la época, que nos harán revivir cada uno de esos momentos, con sus convincentes colores individuales.

Pero también hay otros que no son Mendozas ni Zárates, que nos proponen otros hilos para seguir, porque portan nombres fascinantes, tales los casos de Martín de Robles, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Estopiñán Cabeza de Vaca, Nufrio de Chaves, etc. También otra sublectura de personajes nos permitirá seguir a los veteranos, náufragos de alguna expedición anterior, sobrevivientes en aquellas islas, de Santa Catalina o San Gabriel, tantas veces nombradas en el relato, y tan entrelazadas con la historia de Buenos Aires.

UNA LECTURA EN CLAVE DE DON JUAN DE GARAY

Es una variante de la anterior, sin duda la más pertinente, pues al fin y al cabo éste es un libro sobre Buenos Aires y la historia de Juan de Garay es la cuestión de fondo. El tesoro de instantáneas contenido en los documentos originales y sus comentarios, que Groussac nos regala, permite seguir a nuestro héroe, desde aquel vasquito, niño aún, recogido del desamparo total por su “¿tío?”, aquel hidalgo pobre y bondadoso que, nombrado oidor, lo trajo a Lima y le imprimió todas las extraordinarias virtudes que la vascofilia aguda de nuestro autor le permitió apilar. Podremos seguir su portentosa supervivencia en una Lima con demasiados cuchillos y traiciones, la penosa muerte de su protector a raíz de una diarrea crónica, el terrible carácter de Gonzalo Pizarro, que nuestro autor resume diciendo que el mero hecho de que no se desechase por absurda la especie de que había asesinado, envenenándolo, al pobre anciano, ya en su lecho de muerte, nos pinta al personaje de cuerpo entero.

Al perder su bondadoso protector, nos dice Groussac *“...llegaba a la edad viril sin caudal de fortuna ni de saber, pero dotado de la energía física y moral suficiente par acometer cualquier empresa que sólo exigiera, aunque fuera en grado heroico, este capital primitivo de los conquistadores. Salía felizmente indemne de esta atmósfera peruana, entonces apestada de crímenes y corrupción. Preservado quizás en parte por la influencia tutelar de su familia adoptiva, pero sobre todo, sin duda alguna, por la inmunidad ingénita, muy frecuente en esa noble raza vizcaína, cuya alma de hidalguéz nativa trae el recuerdo del hierro cantábrico que, al decir de los antiguos, con sólo martillarse en frío adquiría el temple del acero”*.

Gracias, Don Paul, por la parte que me toca como vasco, pero no crea todo lo que le dicen.

El libro nos hace ver como un portento estas siete vidas de Garay, que le permiten salir vivo de esa Lima donde merodeaban *hooligans* de capa y espada a la espera de una jornada colonizadora o el triunfo de una conspiración que les diera, por fin, las ansiadas encomiendas y reparto de tierras. Podremos seguir su temporada como secuaz del aventurero Robles, verlo sortear los fatales remolinos de la “intervención” La Gasca, sus múltiples actuaciones como teniente de éste y de aquél, su aprendizaje

como fundador de ciudades en Santa Cruz de la Sierra, las experiencias de las entradas al Tucumán y los intentos de establecerse como hombre de familia, tanto en Santa Cruz y Asunción como en su preferida Santa Fe. Sus peripecias en la complicada sucesión que llevó a Vera y Aragón al adelantazgo. Y por último, la consumación de su destino como fundador de Buenos Aires y su sospechosa muerte, a manos de ¿indios? en uno de sus frecuentes viajes entre las dos ciudades litorales que fundara.

LECTURA EN LA CLAVE DE LA URBANIDAD EN EL RÍO DE LA PLATA

Es la otra clave más legítima, pues al fin y al cabo, esta parte del libro tiene su razón de ser en Garay como fundador de Buenos Aires.

Nos requiere, ante todo, seguir la saga de los virreyes del Río de la Plata, desde Fernández de Lugo hasta Torres de Vera y Aragón, saga bastante particular, pues hay más interinatos y pleitos en el Consejo de Indias que ejercicio regular del cargo. Y de nuevo particular, porque la mayor parte del tiempo adelantados, gobernadores y sus tenientes, cuando ejercen, lo hacen desde Asunción, aunque tienen una notable tenacidad, tanto en no abandonar el nombre “del Río de la Plata” como en no pisar sus costas, salvo las de San Gabriel en viaje a Sevilla para dirimir, o por lo menos fogonear, sus interminables pleitos.

En cuanto a la propia urbanidad en el Río de la Plata, tenemos más en claro lo que ocurre desde el desembarco de Mendoza hasta que se llevó a cabo el despoblamiento en 1541, y desde la fundación de Garay en adelante en 1580. Pero qué poco sabemos de lo que pasó durante esa larga noche de 39 años. Este libro nos ofrece una excelente oportunidad de averiguarlo, diré solamente acá que durante esa noche el rol de mantener viva la llama de la urbanidad por estas comarcas estuvo a cargo de Asunción. Ejemplo de tenacidad urbana notable, que se hizo ver claramente en ese momento en que la estrella de Buenos Aires estuvo completamente apagada, pero con su rescoldo preservado 1.000 kilómetros ríos arriba.

Desde allí hubo de venir el repoblamiento.

Por su tenacidad, Asunción merece párrafo aparte. Por las mismas razones de tenacidad, también lo merece Santa Fe.

SOBRE ASUNCIÓN

Dadas las esperanzas, tanto de llegar a las fabulosas riquezas del Rey Blanco como de la seriedad de la candidatura del Río de la Plata como paso para el otro océano, el objetivo a alcanzar estaba muy tierra adentro del Océano Atlántico. Así lo comprendió Mendoza, al mandar a su alguacil mayor Juan de Ayolas, a navegar ríos arriba. Poblar en Asunción tuvo sentido, para Ayolas, no sólo por la bondad del clima y la posibilidad de una buena relación con los naturales, que auguraba días mejores que los pasados en Buenos Aires, sino que también tuvo un carácter similar al de los campamentos de gran altura, que establecen los montañistas justo antes de la escalada decisiva que los llevará a la cumbre. Asunción, recóndita de tan metida en el corazón mismo del continente, estuvo a salvo de los ataques de los piratas y corsarios que habían arrebatado al imperio español el dominio del Atlántico sur, a la vez que era el punto ideal a partir del cual lanzarse a la acometida final en busca del Rey Blanco, en aquellas célebres “entradas” al oeste o noroeste, que iban a cobrar la vida de tantos bravos, entre ellos el propio Ayolas. No habiéndose cometido, desde allí, la cadena de atrocidades con las cuales los españoles se habían ganado la justificada animosidad de los naturales, éste fue, también, un frente tranquilo. Con el tiempo, Cabeza de Vaca, primero, y Doña Mencía, después, probaron que era posible un camino directamente desde la costa, desde la Santa Catalina y al Atlántico. Más tarde aún, las temerarias y casi suicidas “entradas” al oeste y noroeste fueron reemplazadas por jornadas más tranquilas hacia el sistema urbano del Alto Perú y, después, la fundación de Santa Cruz de la Sierra y otras ciudades intermedias hicieron soñar con la posibilidad de abrir la conexión Potosí-Asunción. El cumplimiento de este sueño de los conquistadores está aún incompleto. La canalización del Bermejo, ya reclamada por el gran Sarmiento, y el eje de Capricornio, parte de nuestro corredor bioceánico norte, con la postergada conexión entre Formosa y Salta, aún son proyectos estratégicos de futuro.

Por último, la ciudad sirvió para el camino inverso, es decir el norte sur, y ser el punto de partida para el repoblamiento de las ciudades del Río de la Plata: Santa Fe y Buenos Aires.

SOBRE SANTA FE

Martín Suárez de Toledo, antiguo lugarteniente y amigo del gobernador Cáceres, tumbado por los intrincados ardides del obispo de la Torre en plena iglesia, estaba a cargo del poder en Asunción. El 3 de abril de 1573 expidió el título oficial que confería a Juan de Garay la dirección de la jornada al Río de la Plata, con el mando superior de su armada y gente, para ir a fundar *“un puerto e pueblo en San Salvador o río de San Juan o San Gabriel que es en el Paraná, en una de las dichas tres partes do más combiniese”*. Garay aprovechó la amplitud que las instrucciones dejaban abierta a su criterio para, en vez de fundar sobre la costa oriental, como lo insinuaban, correr la calaverada de fundar, el 15 de noviembre del mismo año, la que sería, de ahí en más, la ciudad de Santa Fe, en el lugar aproximado en que había estado la antigua “poblazón” de Caboto y donde, en la frustrada esperanza de consolar a su desalentado jefe, Ayolas había fundado el fuerte de Corpus Christi, en el mismo día de aquel desastre militar.

Pocos lugares conozco, en lo que hoy en día es el vasto territorio argentino, con una vocación urbana tan fuerte como el sitio aproximado donde se levanta la ciudad de Santa Fe. El sitio reviste, para los argentinos, un interés especial, porque es el del primer asentamiento que se levantó dentro del territorio actual.

Para Caboto, en 1527 y Ayolas, en 1536, fue el equivalente del primer campamento que levantan los escaladores, al pie de la montaña que van a escalar, ya no en el valle, sino donde comienza la cuesta, aunque muy al principio. Buscaban abrigo de los chubascos del estuario, al tiempo que querían ir muy aguas arriba, hacia el corazón del continente donde esperaban encontrar al Rey Blanco.

Muy cerca Ayolas establece otro real que bautiza Buena Esperanza, con el deseo de quebrar la mala fortuna que han tenido hasta entonces. Desde este punto ha de partir río arriba y, para darle alcance, zarpan Juan Salazar y Hernando de la Ribera, para establecer el real de Asunción en 1537.

Groussac, que a todas luces busca realzar la figura de su héroe, es muy imparcial al quitar todo mérito de originalidad a Garay por las fundaciones de Santa Fe

y de Buenos Aires, al decir que la idea de repoblar en el Río de la Plata estaba en el aire, formaba parte del espíritu de la época.

Restaurar la “poblazón” de Caboto ofrece la conveniencia de que allí, a la desembocadura del Río Carcarañá concurre también el Salado, llamado en el libro la anhelada arteria tucumana, camino fácil y directo al Perú, cuyo cauce orienta a los que se internan camino al Tucumán y al Cerro de Plata. Pero cuando está en esto, Garay tiene un disgusto: el encontronazo con Gerónimo Luis de Cabrera, que hace poco ha fundado la ciudad de Córdoba. Como para ésta, su creación dilecta tiene ambiciones, la ha bautizado “de la Nueva Andalucía”. Pero no se quedan allí sus ambiciones. ¿Tal vez será capital de toda la gobernación? Nos hace entrever Groussac qué sueña Cabrera, entonces: “Córdoba del Tucumán” capital no ya de sus provincias del sur, sino de toda la enorme gobernación. Si Santa Fe era el sitio clave para el camino a Potosí por la cercanía a la desembocadura del Río Salado. ¿Acaso era porque éste era navegable? No lo ha sido nunca, pero su cauce, a veces casi seco y a veces torrentoso, era un seguro marcador del camino a Córdoba y Santiago. A través de aquellas vastísimas planicies poco exploradas y sin hitos, que se parecían al mar, el cauce orientó a caminantes, jinetes, arreos y carretas. La vía directa de Asunción a Potosí era tan poco practicable (se había llevado tantas vidas en las “entradas”) que convenía bajar a Santa Fe, tomar el camino del Salado hasta Córdoba y desde allí, por valles y la Quebrada llegar al ansiado destino. Reiteremos que aún hoy nuestro “Eje de Capricornio” Corrientes-Salta está en veremos. Por las mismas razones que Garay, pero no ya para ir al Perú, sino para volver de él, Cabrera converge sobre el mismo lugar clave. Tiene una cierta visión geopolítica que contrasta con el esquema *contra natura* geográfica de la corona. Esta vasta masa territorial no puede seguir teniendo su conexión con el mundo a través de Lima, sino que requiere una salida al Atlántico a través del Río de la Plata. Las dos enormes gobernaciones, la del Tucumán y del Paraguay, tienen la misma necesidad de salir al Atlántico y convergen en el embudo de Santa Fe. Nos dice Aldo Ferrer.(*)

(*) ALDO FERRER *La Economía Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963 (este libro ha tenido 40 reediciones, cito acá la primera).

Bajo el acápite Ventajas Locacionales del Puerto, comenta:

De Buenos Aires a Potosí, la distancia es de 1.750 kilómetros, con gran parte de caminos llanos que tardaban 2 meses. De Potosí a Lima eran 2.500 kilómetros de montaña, que insumían 4 meses para ser cubiertos.

Los dos fundadores casi llegan a los planazos, pero se separan en paz. En el sitio ha quedado el testimonio de su importancia estratégica como nodo de confluencia para la llegada al mar de dos vastas regiones, todavía no estructuradas en lo político administrativo, pero que ya se perfilaban. Hace pensar acerca del destino histórico del lugar, el que hoy sea una cabecera del túnel subfluvial por el que pasa el principal eje bioceánico de Sudamérica.

Las energías convergentes al lugar no han bastado configurar una gran ciudad mundial, pero hay que considerar que gran parte de esa energía fue a dar a Rosario y repartirse en la parte norte del mega eje urbano fluvial-industrial argentino, y que el punto está demasiado cerca de Buenos Aires como para desarrollarse como gran ciudad, parte de la red de ciudades mundiales. Porque ¿al fin y al cabo, cuántas ciudades mundiales caben en un determinado territorio? Si nos leyera Kipling nos estaría diciendo que “ésa es otra historia”: habrá que ocuparse de ella a su debido tiempo.

A diferencia del triste epílogo de la historia de Mendoza, en el que concluye que no estuvo a la altura de su rol histórico, con respecto al segundo fundador, en una de las primeras páginas, el preámbulo del estudio sobre éste nos confía que, en el elogio de del Barco Centenera, sobre Irala y Garay, Groussac había juzgado extemporánea la frase *“por sus servicios positivos y por el acierto de sus medidas gubernativas”* que cuadraría a un pacífico magistrado moderno mejor quizá que a un rudo conquistador del siglo XVI, apenas más desbastado y de psicología poco menos elemental que sus compañeros de aventura, Pero en una de las últimas páginas de su libro nos dice que el estudio cercano y minucioso *“no ha hecho sino confirmar el concepto primitivo agregando a sus líneas generales, rasgos complementarios que no las alteran.”*

En efecto, nos ha relatado cómo sale airoso de sus actuaciones en los gobiernos de Santa Cruz, Asunción y Buenos Aires. De su prudencia y su tacto diplomático, por los que habría de alcanzar gran prestigio, como lo testimonian algunas delicadas misiones de pacificación que se le encomendaron. Si recibió críticas en su tiempo, quizás las más ruidosas tuvieron que ver con la ciudad de sus amores, los habitantes de Asunción le acusaron de querer despoblar ésta para favorecer a Santa Fe. Otro tanto le pasó con los de Buenos Aires. Al final de su vida emuló las exploraciones de otros en el norte, llegando, en una entrada al sur, al sitio de la actual Mar del Plata. En vísperas de su muerte, preparaba otra salida, hacia el oeste y la cordillera. Sofocó una revuelta en Santa Fe, con mano firme pero sin el baño de sangre habitual en los tiempos. No, el saldo de la investigación no le niega el bronce, ni lo sacude del pedestal con el que ha pasado a la historia como fundador de la que había de ser la pujante metrópolis del Plata.

Es hora de callar, invito al lector, si ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí, a internarse, como lo haré yo mismo por enésima vez, en este fascinante cuento de cómo empezó Buenos Aires, dejándonos llevar por los no menos atractivos subcuentos y subcuentos de éstos, que nos propone el autor en cada recodo del camino, o mejor dicho, a cada vuelta de página, y que nos recuerdan esas otras cajas chinas de tenientes de tenientes de tenientes. ¡Feliz lectura!